

IN MEMORIAM

Dr. D. Benjamín Fernández Ruiz*

J.M. Teijón **, A. Romero **, R. Basante ***, A. Notario **** y F. López Mateos **

jmt@med.ucm.es; aromeros@quim.ucm.es; rbasante@farm.ucm.es; anotaz@usal.es; fedlomat30@gmail.com



Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales, medalla número 5.

En su toma de posesión, celebrada el día 17-10-2001, pronunció el discurso de ingreso: *Cajal a través de sus cuentos de vacaciones (narraciones seudocientíficas)*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=5>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Benjamín Fernández Ruiz celebrada el 03-05-2023

** Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales de la Real Academia de Doctores de España

*** Académico de Número de la Sección de Farmacia de la Real Academia de Doctores de España

**** Académico de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la Real Academia de Doctores de España

BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ, VICERRECTOR DE LA UCM

Arturo Romero Salvador

Conocí a Benjamín Fernández en octubre de 1987, en el acto de toma de posesión del primer equipo de Gustavo Villapalos. Acababa, Villapalos, de ser nombrado Rector y convocó a la Junta de Gobierno con el fin de comunicarle los nombres de las personas seleccionadas para iniciar su mandato. Uno de los once profesores que tomó posesión en la antigua sede del Rectorado de la Universidad Complutense era Benjamín Fernández Ruiz, un biólogo de 47 años que había recorrido toda la escala docente en distintos Institutos y Universidades.

Como Vicerrector de Departamentos y Centros, Benjamín tenía asignada la tarea de coordinar la organización y el desarrollo de la docencia, así como de potenciar las actividades que eran competencia de los Departamentos y de establecer el control de su régimen de funcionamiento.

La experiencia que había acumulado a lo largo de muchos años de docente era necesaria para un trabajo tan complejo. Además, el profesor Fernández conocía la gestión universitaria. Había sido director de Departamento en tres universidades, La Laguna, Alcalá y Complutense, Vicedecano y Secretario General en la Universidad de Alcalá de Henares y representante de los Directores de Departamento en la Junta de Gobierno de la Universidad Complutense.

Sin embargo, los rasgos de su personalidad eran mucho más importantes para ser Vicerrector de Departamentos y Centros en la universidad presencial más grande de España a finales de los años ochenta, la Universidad Complutense. A la complejidad propia de la institución, se sumaba la obligación de implantar una nueva ley de universidades que implicaba un cambio del modelo de organización y gobierno.

Benjamín, como buen psicólogo, percibía con rapidez las cualidades, las buenas y las malas, de las personas. Sabía buscar anécdotas y situaciones personales, en gran parte referidas a él mismo, con las que desviaba la atención y apaciguaba situaciones desagradables.

Su simpatía y gracia natural eran las armaduras tras las que escondía su sensibilidad y bonhomía. Era capaz de convertir las reuniones más tensas en sosegados debates, haciendo que los que entraban a ellas enfrentados, salieran dispuestos a participar en un diálogo amistoso y, además, en el lugar que Benjamín elegía.

No es extraño que sus amigos conociéramos su actividad, sus preocupaciones, sus éxitos y desengaños desde que se incorporó al Vicerrectorado. A Benjamín le gustaba compartir los problemas y proyectos con los compañeros en amenas charlas y, también, a través de sus ingeniosos escritos. En muchos de ellos aparece reflejada la visión que tenía de aquellas situaciones de su trabajo que más le impactaban, sin preocuparle la valoración que los

destinatarios hicieran de ellas. Si bien, se definía como “visceral” y “bocón”, en lugar de cariñoso y extrovertido, meditaba mucho lo que escribía para no ofender a las personas a las que aludía en cada una de sus historias y reflexiones.

La adaptación de los Departamentos a los requisitos que imponía la Ley de Reforma Universitaria fue la tarea más difícil que tuvo que abordar en el Vicerrectorado. De un modelo de universidad que giraba en torno a unas facultades vinculadas a la titulación, se pasaba a otro en el que las competencias de la docencia y la investigación recaían en cada uno de los departamentos universitarios.

Había que introducir importantes modificaciones en una organización que se había consolidado en la universidad durante muchos años. Y lo primero era lograr que la constitución departamental se realizara conforme a la normativa. En muchos casos los cambios necesarios afectaban a los profesores y al personal de administración y servicios. Unas veces, reducía las posibilidades de lograr nuevas plazas. Otras veces, imponía la necesidad de trasladar su actividad docente a diferentes centros, y con frecuencia, aparecían las reticencias de los grupos a las fusiones, cuando no las rencillas personales.

El conocimiento que tenía Benjamín de los profesores que formaban parte de los distintos departamentos de su universidad y de los responsables de la gestión de los centros, era clave para que pudiera identificar la raíz de los conflictos, buscar y lograr acuerdos.

Dedicó muchas horas a analizar documentos, utilizó su capacidad de diálogo sereno y su poder de convicción en múltiples reuniones, hasta encontrar la mejor solución posible para las personas y la institución. Benjamín no se conformaba con resolver cada una de las situaciones anómalas que había identificado. Consideraba que era imprescindible un reglamento de Departamentos y Centros que regulara sus actividades y que facilitara la convivencia interna y las relaciones entre ellos. Quería que la vida universitaria, tanto a nivel de centros como de departamentos, tuviera unas normas a las que atenerse y se empeñó en redactar un documento para someterlo a la aprobación por los distintos órganos colegiados.

Trabajó con comisiones para elaborar diferentes propuestas y las fue presentando en la Junta de Gobierno, hasta que logró, en 1999, su aprobación por el Claustro Universitario. Atrás habían quedado decepciones y disgustos de su etapa de Vicerrector. Había conseguido, como presidente de la comisión de reglamentos, el objetivo por el que tanto había trabajado.

He indicado al principio que a Benjamín le gustaba escribir sus intervenciones y opiniones. Conservo el escrito que recogen sus palabras en aquel claustro y éste fue el final de su discurso:

“Si me permiten una broma les diré que voten afirmativamente, se lo pido con lágrimas en los ojos, es ya mi tercera convocatoria con los dichosos reglamentos. Miren, tengo sobre mí muchos factores de riesgo: soy hipertenso, obeso y del Atlético de Madrid, no añadan una contrariedad más a mi vida. Ahora en serio, hay que aprobarlos, nos son necesarios, han sido aprobados por unanimidad en la Junta de Gobierno y por unanimidad en la Comisión de Reglamentos del Claustro. Con estas normas y sobre todo con nuestra buena voluntad iremos haciendo esa universidad mejor, que es lo que todos queremos”.

Creo que estas frases, sobre lo que había sido su ilusión durante muchos años, describen muy bien su carácter, su forma de ser y su personalidad.

Pero Benjamín Fernández aportó mucho más al Rectorado. Desde las primeras reuniones de equipo, Benjamín fue una pieza clave para crear un ambiente de amistad en el trabajo por sus buenas relaciones con todos los compañeros. Le gustaba que sus amigos, más allá del Rectorado, estuvieran unidos. Hasta su muerte mantuvo contacto con un pequeño grupo de ex vicerrectores, en el que tuve la suerte de estar junto a Rosa Basante y Carmen Hernández. Nos reuníamos periódicamente para seguir hablando de las experiencias compartidas y de los cambios que hemos ido arrastrando con los años.

Además de formar parte del mismo equipo rectoral, también ingresamos el mismo año en la Real Academia de Doctores de España, hace ya más de dos décadas. Desde entonces, hemos compartido muchas horas de amistad después de las sesiones de trabajo; particularmente intensa en una época muy dura por la enfermedad de su esposa Carmen Dobao. Entre los muchos recuerdos que me han quedado, he seleccionado los que, en mi opinión, reflejan algunas aficiones de nuestro querido compañero.

Disfrutaba contando sus andanzas en el Club de la Pipa, en sus días de caza, especialmente cuando salían perdices, en su participación en la procesión de su patrona, la Virgen del Prado, como hermano de la cofradía y con sus artículos y conferencias en el Centro de Estudios Manchegos. Amante de las tradiciones y del protocolo universitario no faltaba a ningún acontecimiento. Pero si había un tema del que le gustaba hablar, era de D. Santiago Ramón y Cajal y de sus discípulos. Se consideraba uno de sus descendientes. Buscaba y coleccionaba todos los recuerdos que podía y era capaz de recitar de memoria muchos fragmentos de los libros que escribió nuestro premio nobel, o que otros autores escribieron sobre él.

Cuando caminabas con Benjamín por la Ciudad Universitaria solía interrumpir la conversación para que observaras el deterioro de algunos árboles y la falta de cuidado y de limpieza que había identificado en muchos lugares. Al fin y al cabo, siempre se consideró un biólogo generalista especializado en biología celular. Aprovechaba sus conocimientos de botánica para transmitir cuáles eran las especies arbóreas amenazadas con enfermedades

y sus posibles remedios. Se quejaba de que su querida Complutense fuera incapaz de mantener su patrimonio natural y no pusiera los medios necesarios para evitar el deterioro de su recinto

Le gustaba hablar de su actividad investigadora y siempre aparecían las células gliales y las neuronas estrelladas. Recordaba que comenzó a trabajar sobre los astrocitos antes de que se conocieran las numerosas funciones que realizan en el cerebro de los organismos más complejos.

Aunque se dedicó a la investigación básica, disfrutaba comentando las aplicaciones que podrían derivarse de estas células. Nos explicaba que eran las encargadas de liberar el factor de crecimiento nervioso que, a modo de abono biológico, facilitaba la regeneración de las conexiones neuronales y, por ello, eran fundamentales ante una destrucción neuronal producida por accidentes cerebrovasculares.

Este interés por las aplicaciones no le impedía contemplar la belleza del objeto de su estudio. La prueba es el título de una de sus publicaciones “Los astrocitos: estrellas del cerebro”. En ella compara el gran número de prolongaciones que irradian desde el soma a las células vecinas, con los destellos de las estrellas.

Como hombre formado en valores cristianos, le preocupaban las implicaciones éticas de las investigaciones que se realizan aplicando la ingeniería genética sobre material humano. Pensaba que la conjunción de los avances en biología molecular y en técnicas de ingeniería genética provocaban una serie de expectativas en la sociedad, esperanzadoras en algunas ocasiones, pero preocupantes en otras. Valoraba positivamente y esperaba con ilusión las técnicas de terapia génica, el aumento y calidad de los alimentos disponibles, el trasplante de órganos o la elaboración de vacunas. Pero se mostraba preocupado respecto a la falta de límites de la investigación sobre material humano.

Nuestro querido compañero Benjamín Fernández fue un académico que se interesó por la ciencia, que valoraba sus aplicaciones y que fue sensible a la belleza que encierra y a sus implicaciones éticas.

Te recordaremos con la alegría que siempre nos diste.